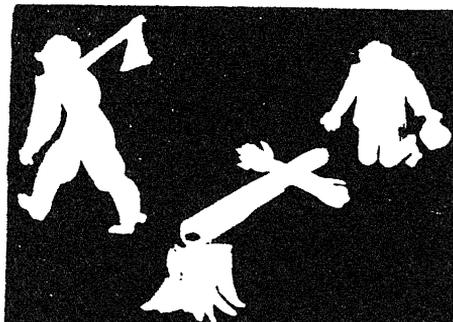


LUIS ESPINAL:  
UN SIGNO  
DE ESPERANZA  
PARA EL PUEBLO  
BOLIVIANO



Víctor Codina

El 22 de Marzo de 1980 -dos días antes que Monseñor Oscar Romero en El Salvador- moría martirizado en Bolivia el P.Luis Espinal. Ante este quinto aniversario de su muerte presentamos este testimonio escrito por el P.Víctor Codina, compañero jesuita y amigo personal de "Lucho". Su vida y su muerte son para nosotros llamadas del Espíritu del Señor a seguir el camino del amor a la justicia y a la libertad.

### **1. EL CONTEXTO Y EL HOMBRE**

Bolivia es un país maravilloso, situado en el corazón geográfico de América del Sur. Pero su gran riqueza humana y material se halla sometida a los intereses de unas minorías nacionales y extranjeras que han empobrecido a la mayoría del país y lo han convertido en escenario de continuos golpes y contragolpes militares. La Iglesia, por su parte, acostumbrada al régimen de cristiandad, más a bendecir que a profetizar, desde Medellín está abriendo los ojos a la nueva tarea de liberación que le exige el evangelio.

El pueblo boliviano, valeroso y esperando un futuro mejor, en la práctica se siente como impotente y sin voz, ante la inmensidad de la tarea y frente a los tanques y a las balas.

---

Publicado en **Páginas**, Vol. IX, nº 59.

En este contexto humano y eclesial, típicamente latinoamericano, desarrolló los mejores años de su vida y murió Luis Espinal.

Había nacido en el pueblo catalán de St. Fruitós de Bages, cerca de Manresa en 1932, y había ingresado en la Compañía de Jesús en 1949. Acabada su formación sacerdotal, estudió Periodismo y Medios Audiovisuales en Bérgamo (Italia). Después de dos años de trabajo en TVE y crítica de cine en Barcelona, en 68 marchó a Bolivia, donde vivió doce años, hasta su muerte. Nacionalizado boliviano (1970), toda su vida se consagró a la crítica y producción cinematográfica, a la TV, a la radio y al periodismo. Colaboró en Radio Fides, en los periódicos "Presencia" y "Ultima hora" de La Paz, produjo varios cortometrajes para Televisión Boliviana, formó parte del grupo productor cinematográfico boliviano Ukamau, escribió diez libros sobre cine, fue profesor de Medios de comunicación social en las Universidades Mayor de San Andrés y en la Católica de La Paz y desde el 79 dirigía el semanario "Aquí". El 21 de Marzo de 1980 fue secuestrado a media noche, torturado y asesinado por un grupo de paramilitares. Dos días después era asesinado en San Salvador Monseñor Oscar Romero.

Este hombre, dotado de una especial sensibilidad artística y poética (siendo estudiante había descubierto y traducido los poemas del inglés Hopkins), no se limitó a ser un profesional de los medios de comunicación, sino que hizo de ellos el instrumento de su servicio al pueblo, desesperanzado y sin voz, de Bolivia. La experiencia de la dictadura franquista que había padecido en España, y sobre todo, su integridad personal y un elemental sentido de la justicia, le convirtieron en profeta de la libertad y la esperanza.

Se halló en una encrucijada bien definida: entre la muerte y la vida, entre los ídolos del poder que causan la muerte y la vida del pueblo amenazada. Y optó por la vida y el Dios de la vida. Su palabra se consagró a exorcizar los dioses de la muerte y a potenciar la fe en la vida. Y eso con tal radicalidad y coherencia, que le llevó a entregar su vida por el pueblo, haciendo de su vida el gesto existencial que verificaba la sinceridad de su palabra.

## **II. EL SIGNO PROFETICO DE SU VIDA**

La vida y la muerte de Luis tiene una explicación obvia: fue un hombre que amó la justicia y la libertad, se puso al lado del pueblo oprimido y sufrió la represión de los poderosos.

Hay un nivel de comprensión de su vida fácilmente inteligible. Las miles de personas que le acompañaron al cementerio en un gesto de dolor espontáneo y bien sincero, comprendieron que Lucho había sido un hombre del pueblo y su portavoz. En su muerte el pueblo recobró esperanza, viendo que todavía es posible vivir con dignidad y luchar por la justicia. En este sentido la muerte de Luis fue ecuménica y esperanzadora.

Pero hay otro nivel más profundo, que trasciende la dimensión humana, penetrándola hasta sus raíces. Lucho fue un creyente, un cristiano, un hombre evangélico, un apasionado del Reino, un místico de Jesús. Si sus escritos de cine y sus editoriales se mantienen ordinariamente en una sobria secularidad humanista, en sus oraciones expresa sus raíces más hondas: Jesús, el Hijo de Dios, que se "había naturalizado hombre" y que gustaba de llamarse el Hijo del Hombre, que "no era un turista divino", "encendió la esperanza, enseñó la dignidad y la liberación, la hermandad y el amor, amando su tierra a pie como un beduino", el amigo de los parias y campesinos de su pueblo, que "habló claro, con la franca sinceridad de los que no temen la muerte"; fustigó a ricos y poderosos, fue acusado en falso, le condenaron a juicio ilegal y le torturaron; fueron los "buenos", los sensatos y los políticos quienes lo entregaron a la muerte. "Pero él no renegó de su humanidad, ni se dió de baja de su solidaridad humana". Este Hijo del Hombre "está donde hay una lágrima, un grito, una muerte", aunque se le haya querido confinar en el cielo, lejos de sus hermanos. En este Jesús se apoyaba la vida de Espinal. Su esperanza se alimentaba de una fe evangélica, profunda, serena, incommovible, la fe que había recibido de su familia, le había llevado a la Compañía de Jesús y a lo largo de su vida había animado un estilo de vida semejante al de Jesús.

Se ha dicho que la narración que Lucho hace de la huelga de hambre es una parábola cristológica, y esto se puede extender a toda su vida. Y por ser cristológica pudo ser profundamente humana y significativa para todo el pueblo, porque desde que el Hijo de Dios se ha hecho el Hijo del Hombre, el verda-

dero humanismo es evangélico y el evangelio es profundamente humano.

Esta fe no ahorró a Luis momentos de angustia o de soledad:

"Por esto nos agobia, a veces, la angustia ante el dolor, la muerte, la soledad. Sufrimos la injusticia y nuestros buenos deseos son estériles como el riachuelo tragado por el desierto. Y entonces, aun el cielo parece de plomo, donde rebota nuestra oración. (...) ¿Por qué te alejas, Señor, y nos abandonas en las horas de angustia?(...) A pesar de todo, aunque nos mates, no queremos dejar de confiar en Ti".

Su esperanza se nutría del Cristo glorioso, el que ha triunfado definitivamente:

"Tu dolor ya pasó; tus enemigos han fracasado antes de nacer; Tú eres el Rey de la sonrisa definitiva" (...) "Con nuestros cuerpos aún en la brecha, y con el alma rota, te gritamos los primeros vítores, hasta que se desencadene la eternidad (...). "Señor, triunfador de los siglos, quita todo rictus de tristeza de nuestros rostros. No estamos embarcados en un azar; la última palabra ya es tuya. Más allá del crujir de nuestros huesos, ya ha empezado el "Aleluya" eterno. Que las mil gargantas de nuestras heridas se sumen ya a tu salmodia triunfal".

Y acaba su oración al Resucitado con esta significativa cita implícita del Apocalipsis (Apoc 21,4):

"Tú enjugarás las lágrimas de los ojos de todos y para siempre y la muerte desaparecerá".

### **III. INTERPRETACION TEOLOGICA**

Espinal no fue un teólogo profesional, aunque conocía bien la teología y de estudiante había sido uno de los fundadores de la revista **Selecciones de Teología**. Pero su vida tiene densidad teológica y constituye un "lugar teológico" privilegiado para la reflexión eclesial.

En las páginas anteriores hemos esbozado el sentido profético de su vida. Espinal fue un profeta, con su palabra denunció los ídolos de la muerte y anunció al Dios de la vida. Con su vida dio un signo profético de entrega, una entrega que le llevó al martirio por la fe y la justicia. Su vida, como la de

los profetas y como la del mismo Jesús, fue conflictiva. Pero su muerte suscitó la esperanza del pueblo. A Espinal no le debió extrañar su secuestro final: le habían amenazado muchas veces. Sobre su cabecera estaba el Nuevo Testamento y la señal se hallaba en el capítulo 23 de Lucas: Jesús es condenado a muerte por Pilato.

Pero creemos que la vida de Espinal posee un sentido más profundo todavía. Se halla en el límite en el que la profecía se abre a la apocalíptica bíblica. La apocalíptica bíblica aparece cuando la persecución se cierne no sólo sobre el profeta, sino sobre todo el pueblo, cuando no se limita a un ataque parcial de un país extranjero, sino cuando se trata de un enfrentamiento global y radical contra todo el pueblo de Dios y contra el Dios del pueblo. Entonces los profetas deben sostener al pueblo ante la persecución, anunciando en oráculos apocalípticos el triunfo definitivo, la victoria final, resurrección de todos los que han sucumbido en el polvo combatiendo por la justicia. Precisamente en este clima apocalíptico surge la esperanza bíblica de la resurrección (Dn. 7; 12,2; 2Mac. 7,9; 12,38-46). Gracias a la apocalíptica, Israel mantiene su esperanza en tiempo de los Macabeos y la Iglesia primitiva en las persecuciones del imperio romano. Las imágenes apocalípticas son vivas: la lucha contra la bestia y el dragón, la sangre de los mártires, el triunfo en la Jerusalén celestial, las bodas del Cordero. No es una lucha simplemente política sino contra Baal, contra la Bestia, contra Babilonia. Es la lucha escatológica de los últimos días que ya ha comenzado, lucha contra "los poderes y potestades" de este mundo (Ef. 6,12), contra el misterio de iniquidad ya presente (2 Tes. 2,6), contra el anticristo (Apoc.; Mt. 24). Esta lucha es sangrienta, como lo fue la de Cristo contra el Príncipe de este mundo (Jn. 12,31). Pero su victoria queda asegurada por el triunfo del Cordero, de Aquel que estuvo muerto y ha vencido a la muerte, y posee las llaves de la muerte y del infierno (Apoc. 1,18).

Espinal comienza a actuar en Bolivia coincidiendo con la reunión de Medellín y es asesinado al año siguiente de Puebla. Toda su vida boliviana se sitúa en este lapso en el que la iglesia latinoamericana toma conciencia de la situación del continente: "estructuras injustas", "violencia institucionalizada", "pecado social", etc. Puebla habla también de la ideología de la Seguridad Nacional que no se armoniza con la visión cristia-

na del hombre.

Espinal con su intuición profética y mística, con su capacidad de penetrar los signos de los tiempos y de expresar en imágenes plásticas la dimensión profunda de la realidad, comprende que la dictadura militar que está al servicio de una minoría nacional y de los intereses transnacionales, es generadora de muerte, es, como tal, estructura de pecado, y que la idolatrización de las armas como poder absoluto tiene algo de demoníaco, de contrario a Dios y a la humanidad. El poder dictatorial de las armas es un ídolo, un Baal despótico que se nutre de sacrificios humanos para asegurar la fecundidad económica de unos pocos, es la Bestia apocalíptica, es la historización aquí y ahora de los poderes de la iniquidad y del anticristo. Sus frutos lo atestiguan: hambre, miseria, analfabetismo, mortandad infantil, corta esperanza de vida, violación de los derechos humanos, tortura y muerte. Se trata de una auténtica religión de la muerte y la violencia, con sus templos, sus sacerdotes, sus cultos y sus víctimas.

Pero lo más trágico es que esta idolatría se quiere hacer pasar por cristiana y defensora de los valores de la cristiandad occidental. La lucidez profética con la que Espinal capta esta terrible mentira es la que le lleva a desenmascarar toda forma de cristianismo evasivista y cualquier colaboración eclesial con los regímenes de Seguridad nacional. Para él, el pecado mayor de la Iglesia consiste en pasar del profetismo al maridaje con las fuerzas de la dictadura, el politiquero diplomático a nivel de cúpulas. Esto explica la dureza de sus críticas a la misma institución eclesial -para la que resultaba muy incómodo-, su pasión por la verdad, su indignación ante los cabildeos y ocultamientos: "Los obispos y sacerdotes -dice en cierta ocasión- a veces parecen militares, que no permiten críticas públicas por espíritu de cuerpo". Más aún, Espinal intuye que muchas veces la iglesia funciona en la práctica como si poseyese una especie de Doctrina de la Seguridad eclesial, como si los intereses del Reino se identificaran con los de la iglesia, los de ésta con los de la jerarquía, y los de ésta con el mantenimiento de privilegios y poder.

Espinal ve, por otra parte, que el pueblo y los cristianos comprometidos con el pueblo solo recuperarán la esperanza y saldrán de la parálisis del miedo, si se les desenmascaran es-

tos ídolos y se anuncia al verdadero Dios de la vida, el evangelio de Jesús, sin cobardías ni reticencias, si se recupera realmente la verdad que hace libres.

Pero esta lucha por la libertad no es superficial. La liberación del pueblo no es simplemente un asunto social, político, económico o político, sino escatológico, que incluyendo los aspectos anteriores, los desborda. Sus armas no son puramente temporales o políticas, sino que son evangélicas: el amor, la justicia, la entrega, la oración, el ayuno, el seguimiento de Jesús. La lucha es a muerte, a crucifixión, como la de Jesús. La liberación auténtica es salvífica, va más allá de todo reduccionismo. Y Espinal ofrece, sacerdotalmente, su vida por el pueblo.

Los ídolos de la muerte acechan a Espinal, lo persiguen amparándose en la oscuridad de las tinieblas, lo torturan, lo asesinan. Así creen eliminar una voz que es demasiado coherente, demasiado lúcida, demasiado certera en sus denuncias. Sabía demasiado. Y lo hicieron callar. Pero en contra de lo que creían, el pueblo comprendió que Espinal era su voz y su esperanza y que su muerte era un signo de victoria del Reino sobre la muerte y el mal. "Lucho, amigo, el pueblo está contigo". gritaron las 80.000 gargantas que le acompañaron hasta el cementerio. "Asesinado por ayudar al pueblo", dice su inscripción sepulcral.

Pero la figura de Espinal y su martirio apocalíptico tiene un valor que trasciende los límites de Bolivia y América Latina. Es un testimonio universal. En nuestro mundo dominado por poderes armamentistas, cada día más amenazantes, y por la estrecha alianza entre opresión económica y potencia bélica, donde las fuerzas armadas por el hecho de serlo constituyen un tabú intocable y sacral, y se creen poseedoras de la verdad y de la moralidad absolutas; en un mundo en que la carrera armamentista constituye un riesgo para la supervivencia de la humanidad y la petición de desarme parece una ingenuidad, la lucha a muerte de Espinal es un signo de alerta y de esperanza: nuestro único Señor es Jesús, no el dios de la guerra; la última palabra no la pueden tener nunca las dictaduras basadas en las armas sino el Resucitado, que es quien nos hace libres de verdad.

Acabamos con un fragmento de una de las **Oraciones**

**a quemarropa:**

"¡Señor, haznos aborrecer la retórica del armamentismo y de los desfiles, así como evitamos la propaganda en favor de la criminalidad (...). Y a los profesionales de las armas y de la guerra, hazles hallar un oficio mejor; porque tú, Príncipe de la Paz, odias la muerte".

**AVISO IMPORTANTE**

**NUEVA DIRECCION POSTAL**

*Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que, para un mas rápido y eficiente servicio, deberán en adelante enviar su correspondencia a la siguiente dirección postal:*

**CENTRO IGNACIANO  
DE CENTROAMERICA  
Apartado A-315  
Managua, Nicaragua**